

ned lástima de un pobre extranjero que no encuentra casa alguna donde hospedarse."

"El Hermo corre por cerca de Neon-Tichos, y el monte Sardeno domina á los dos. El armero se llamaba *Tychio*, y le agradaron tanto los versos, que le hospedó en su casa, ofreciéndole que partiría con él cuanto tuviese, pues le causaba suma compasion el verle ciego y obligado á mendigar su triste alimento. En esto entró en la tienda Melesgíenes, se sentó, y hallándose delante varios ciudadanos de Neon-Tichos, les enseñó algunos trozos de sus poesías, que eran la expedicion de Amphiarao contra Tebas, y algunos himnos en honor de los dioses. Todos manifestaron su parecer, y tambien lo dió Melesgíenes, lo cual causó mucha admiracion á los concurrentes.

"Mientras estuvo en Neon-Tichos ganó de comer recitando versos, y en mi tiempo se enseñaba aún el paraje donde se sentaba para recitarlos. Venérase mucho este sitio, que se halla á la sombra de un álamo que comenzaba á crecer cuando llegó Homero."¹

Habiéndose Homero hospedado en casa de un armero de Neon-Tichos, no podía yo avergonzarme de haber tenido por intérprete á un estañero de Esmirna; y ¡ojalá fuera completa en todas sus partes la semejanza, aunque hubiese de adquirir el talento de Homero á costa de todas las desgracias que oprimieron aquel poeta!

Después de haber caminado algunas horas, pasamos una de las vertientes del monte Sardeno, y llegamos á las orillas del Pythico. Descansamos allí un poco para dejar pasar una caravana que vadeaba el rio. Los camellos atados unos á otros por la cola, entraban con repugnancia en

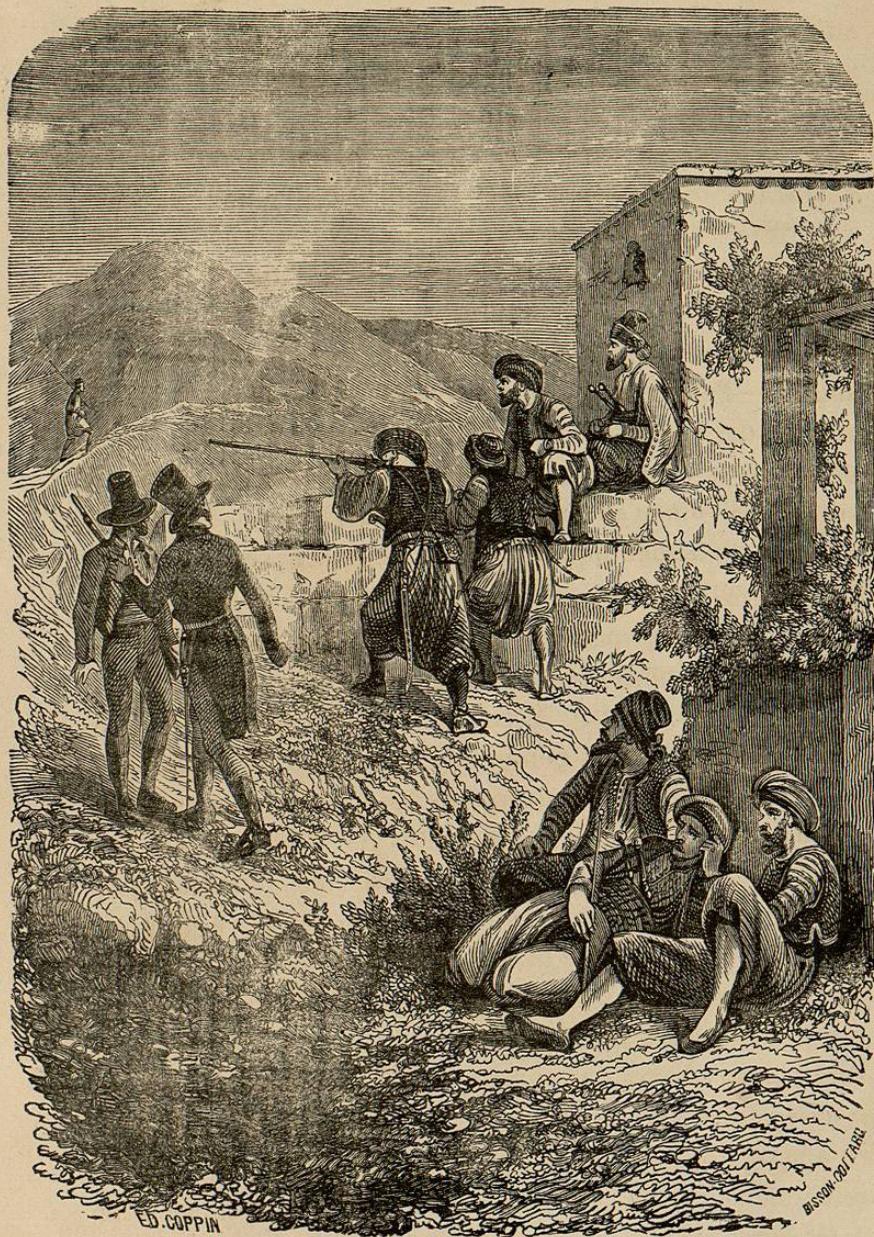
¹ *Vida de Homero*, traducida por Mr. Larcher.

el agua, alargando el cuello, y guiados por un asno que iba delante. Los mercaderes y los caballos estaban en frente de nosotros al otro lado del rio, donde se veía tambien, aunque separada de la gente, una mujer turca, que se tapaba el rostro con el velo. Nosotros fuimos los últimos en pasar el rio por bajo de un mezquino puente de piedra, y á las once llegamos á un kan, en el que paramos para que descansasen los caballos.

A las cinco volvimos á emprender nuestra marcha. El terreno era elevado y bien cultivado. A la izquierda veíamos el mar. Por primera vez noté las tiendas de campaña de los turcomanos, hechas con pieles negras de carneros, lo que me recordó á los hebreos y los pastores árabes. Bajamos á la llanura de Myrina, que se extiende hasta el golfo de Elea. Sobre una de las crestas del monte que acabábamos de pasar, se eleva el castillo de *Guzel-Hissar*. A las diez de la noche acampamos en la llanura. Estendieron sobre el suelo una manta que habia comprado en Esmirna; me eché encima, y me quedé dormido. Habiéndome despertado algunas horas después, ví resplandecer las estrellas sobre mi cabeza, y oí á lo lejos los gritos del camellero que guiaba una caravana. Antes de amanecer el día 5 estábamos ya á caballo, siguiendo el camino por una vega cultivada: pasamos el Caico á una legua de Pérgamo, y á las nueve de la mañana entramos en esta ciudad, que se halla situada al pié de un monte. Mientras el guia conducía los caballos á un kan, yo fuí á ver las ruinas de la ciudadela, y hallé los restos de tres cercos de murallas, de un teatro y de un templo (que tal vez seria el de Minerva la Vencedora). Tambien reparé en algunos trozos de hermosa escultura, entre otros un friso adornado con guirnaldas, sostenidas en cabezas de toro y en águilas. Estando

allí, veía á Pérgamo á mis piés en direccion del Mediodía, semejante á un campamento de barracas rojizas. Hacia el Poniente se estendia una vasta llanura, que terminaba el mar: al Oriente se distinguia otra cercada á lo lejos por varios montes: al Mediodía y al pié de la ciudad se veian en primer término diversos cementerios plantados de cipreses, y luego una gran faja de tierra sembrada de cebada y algodón; en seguida dos grandes *túmulos*, despues una hilera de árboles, terminando el horizonte una larga y elevada colina. Tambien descubrí al Nord-este algunas de las revueltas del Selino y del Cecio, y al Este el anfiteatro en lo profundo de un valle. Bajando de la ciudadela ví en la ciudad las ruinas de un acueducto y del *Liceo*. Los sábios del país pretenden que la famosa biblioteca se hallaba en este monumento.

Pero esta descripcion es la mas inútil que puede hacerse, pues Mr. de Choiseul ha publicado hace seis meses la continuacion de su *viaje*. Y en este tomo en que se reconocen los progresos del génio, que el trabajo, el tiempo y la desgracia han perfeccionado, ha dado noticias mas curiosas y esacias sobre los monumentos de Pérgamo y la historia de sus príncipes. Solo añadiré una reflexion, y es que el nombre de Attalo, tan grato á las artes y á la literatura, parece haber sido fatal á los reyes; pues Attalo, tercero de este nombre, murió casi loco, dejando por herederos de sus bienes á los romanos: *Populus romanus, bonorum meorum hæres esto*; y esto sirvió de pretesto á aquellos republicanos que miraban á los pueblos como muebles para apoderarse del reino de Attalo. Tambien hubo otro Attalo, que sirvió de juguete á Alarico, y cuyo nombre vino á ser como sinónimo de una vana sombra de rey. Cuan-



do no se sabe llevar la púrpura, es preciso renunciar á ella; mas vale en ese caso vestir un saco de piel de cabra.

A las siete de la tarde salimos de Pérgamo, y caminando hácia el Norte, paramos á las once de la noche, para dormir á campo raso en medio de una llanura. El dia 6 á las cuatro de la mañana seguimos nuestro camino, y continuamos por la llanura, que fuera de los árboles se parece á la Lombardía, y me acometió un sueño tan fuerte, que no pudiéndolo vencer, caí del caballo y me hice una ligera contusion. Cerca de las siete llegamos á un paraje desigual formado por algunos montecillos, y bajamos á una hermosa vega plantada de moreras, de olivos, álamos y pinos. Por lo general toda aquella parte del Asia me pareció muy superior á la de Grecia. Llegamos á buena hora á Somma, pésima poblacion turca, donde pasamos el dia.

Yo no comprendia el viaje que hacíamos. Noté que no seguía las huellas de los demás viajeros, los cuales, dirigiéndose á Bursa, ó volviendo de esta ciudad, declinan mas al Este por el camino de Constantinopla. Por otra parte, parecíame que para llegar al otro lado del monte Ida, debíamos haber pasado de Pérgamo á Adramytti, desde cuyo punto, rodeando la costa ó atravesando el Gárgaro, hubiéramos bajado á la llanura de Troya. En lugar, pues, de seguir este camino, habíamos marchado sobre una línea que se extendía precisamente entre el camino de los Dardanelos y el de Constantinopla. Entonces comencé á temer alguna felonía de parte del guía, á quien observé conferenciar frecuentemente con el genízaro. Envié á Julian á buscar al dragoman, y le pregunté el motivo de encontrarnos en Somma. A esta pregunta no sabia qué responder el dragoman, y únicamente contestó que íbamos á Kir-cagach, porque era imposible atravesar la montaña, donde

infaliblemente seríamos asesinados; que nosotros no éramos bastantes para aventurarnos en aquella travesía, y en fin, que creia mas oportuno volver á buscar el camino de Constantinopla.

No dejó de irritarme esta contestacion, y conocí claramente que el dragoman y el genízaro, fuera por miedo, fuera por otros motivos, se habian puesto de acuerdo para desviarme de mi camino. Llamé al guia y le eché en cara su mala fe, y díjele que supuesto que conocia la dificultad de seguir el camino de Troya, debia haberlo manifestado en Esmirna; que era un haragan, y que yo no abandonaria tan fácilmente mis proyectos por su miedo ó por sus caprichos; que nuestro trato era que me guiase á los Dardanelos, y que estaba resuelto á ir á los Dardanelos.

Al oír estas espresiones, que el dragoman traducía fielmente, el guia se enfureció y exclamó: ¡Allah! ¡Allah! y tirábase rabioso de la barba, y manifestó que por mas que yo hablara ó dijera, me llevaria á Kircagach, y me presentaria al agá, para que se supiese quién tenia mas razon, si un turco ó un cristiano. Creo que si Julian no está delante, doy de palos á aquel bribon.

Siendo Kircagach una ciudad rica y grande, á tres leguas de Somma, esperaba encontrar algun agente francés para que hiciera entrar en razon á aquel turco. El dia 7 á las cuatro de la mañana ya tenia á caballo toda la gente, segun la órden que yo habia dado de antemano. En menos de tres horas llegamos á Kircagach, y nos apeamos á la puerta de un kan de buena fachada. El dragoman se informó al momento de si habia allí cónsul francés, y le indicaron la habitacion de un cirujano italiano: dirigíme al momento á ver al pretendido vice-cónsul, y le espliqué mi objeto. Inmediatamente se fué éste á ver al comandante,

el cual mandó sobre la marcha que se le presentase el guia. Yo pasé tambien al tribunal de su excelencia, precedido del dragoman y del genízaro. El agá estaba medio acostado en un ángulo del sofá, en lo interior de una sala bien amueblada, cuyo piso estaba cubierto con un tapiz. Era un jóven de una familia de visires. Tenia sus armas colgadas en la pared, encima de la cabeza, y junto á él estaba sentado uno de sus oficiales; fumaba con aire desdeñoso en una pipa persa, y reia de cuando en cuando con estrepitosas carcajadas mientras nos estaba observando. No me gustó mucho este recibimiento. Segun costumbre, el guia, el genízaro y el dragoman dejaron á la puerta sus chinelas, y luego que hubieron besado la orla del vestido del agá, volvieron á sentarse á la puerta.

Por mi parte no presentaba el negocio un semblante tan pacífico; hallábame completamente armado y con botas y espuelas, y tenia además el látigo en la mano. Los esclavos quisieron que me quitase las botas y dejase el látigo y las armas; pero yo contesté por conducto del dragoman, que un francés observaba en todas partes los uscs de su país, y entré precipitadamente en la sala. Un spahi me cogió entonces del brazo izquierdo, y me tiró con violencia hácia atrás; mas apenas habia cometido este desman, le sacudí la cara con mi látigo, y le obligué á soltarme. Echó mano á las pistolas que llevaba en el cinto; pero yo, sin hacer caso de su amenaza, fuí á sentarme al lado del agá, cuya sorpresa me escitaba la risa. Habléle en francés y me quejé de la insolencia de sus criados; díjele que por su respeto no habia muerto al genízaro, y que debia saber que los franceses eran los primeros y los mas fieles aliados del gran señor; que la gloria de sus armas era bastante conocida en el Oriente para que se respetasen sus sombreros lo

mismo que ellos honraban los turbantes sin temerlos; que yo habia tomado el café con muchos bajaes que me habian tratado como á un hijo, y que no habia ido á Kircagach para recibir lecciones de un esclavo, y que éste se atreviese á tocar el pelo de mi ropa.

Sorprendido el agá me oyó como si me entendiera, y el dragoman le interpretó mi discurso. Contestóme que jamás habia visto franceses; que él me habia tomado por un franco, y que positivamente iba á hacerme justicia; y últimamente mandó que me trajesen café.

No dejaba de ser muy chocante la sorpresa estúpida y la figura ridícula de los esclavos que me observaban sentado con mis botas llenas de polvo sobre el divan y junto á su señor. Restablecida la calma, le espuse mi solicitud y el objeto de mi visita. Oidas las partes, el agá pronunció un fallo que ciertamente no esperaba yo, pues condenó al guia á que me devolviera una parte del dinero que yo le habia adelantado; mas éste replicó que estando los caballos fatigados, no podian cinco hombres aventurarse á atravesar los montes, y que en su consecuencia era de opinion que yo debia tomar tranquilamente el camino de Constantinopla.

Habia ciertamente en aquella sentencia una de buen sentido muy notable entre los turcos, sobre todo si se consideraba la juventud y la poca esperiencia del agá. Yo hice presente á su escelencia que su fallo, á pesar de la justicia que por otra parte podia presentar, no dejaba de ser defectuoso por dos razones: la primera, porque cinco hombres bien armados podian pasar por cualquier parte; y segunda, porque el guia debia haber espuesto estas observaciones antes de salir de Esmirna, y no comprometerse en una cosa que no cumplia por falta de valor. El agá convino en que

mi última observacion era muy fundada; pero que estando fatigados los caballos é imposibilitados de hacer una larga marcha, la *fatalidad* me obligaba á seguir otro camino.

Era inútil oponerse á la fatalidad, pues todos se conjuraban contra mí, el juez, el dragoman y mi genízaro. El guia opuso algunas dificultades para devolver el dinero; pero se le hizo saber que le aguardaban cien palos á la puerta si no restituia una parte de la suma recibida.

Con mucho sentimiento la sacó de una bolsita de cuero, y se acercó para entregármela; yo la tomé, y en seguida se la volví á dar, echándole en cara su mala fe y su deslealtad. El interés es el vicio dominante de los musulmanes, y es, sin embargo, la liberalidad la virtud que mas aprecian. Parecióles, pues, sublime mi acción, y solo oia yo repetir: ¡Allah! ¡Allah! En seguida me despedí, acompañándome los esclavos y el mismo spahi á quien yo habia sacudido, y esperaban sin duda lo que llaman ellos el *regalo*. Dí dos monedas de oro al musulman azotado, y creo que á este precio no hubiera él puesto las dificultades que opuso Sancho para desencantar á Dulcinea. En cuanto á los demás, se les hizo saber que un francés ni hacia ni recibia presentes.

Estas fueron las incomodidades que me costaba el ir á buscar á Ilion y la gloria de Homero. Discurria, para consolarme, que precisamente deberia pasar por delante de Troya, embarcándome en compañía de los peregrinos, y que podria persuadir al capitán me dejase saltar en tierra. Pero desde luego mi pensamiento dominante fué el de continuar mi camino.

Volví á visitar al cirujano, el cual se abstuvo de tomar parte en el negocio del guia, fuera porque no tenia título alguno para hacerse valer, fuera porque tuviese miedo al